

ECUMENISMO EN LA AMERICA LATINA

Por: Dr. Angel M. Mergal

-----000-----

Las conferencias latinoamericanas llevadas a cabo en Buenos Aires desde el 9 hasta el 30 de julio del presente año no podrían comprenderse a menos de entender preliminarmente el espíritu ecuménico del evangelio cristiano. La primera de estas conferencias tuvo que ver con la educación y la literatura cristianas. Hubo en ella unos treinta y cuatro delegados de la América Latina, y once consultores, entre los cuales había tres norteamericanos. La segunda conferencia tuvo unos sesenta o más delegados y otros tantos visitas y observadores. Entre los ilustres visitantes a las conferencias evangélicas latinoamericanas contamos al Dr. Marcos Voegner, Presidente del Concilio Mundial de Iglesias, y también de la Federación de Iglesias Evangélicas de Francia; al Dr. Juan A. Mackay, conocido en todo el hemisferio; al Dr. Manuel Gutiérrez Marín, Pastor de la Iglesia Suizo-Catalana, en Barcelona, y delegado prominente de la Iglesia Evangélica Española. No es necesario resumir la labor de estas dos conferencias, que es materia técnica. Los informes oficiales de las mismas pueden obtenerse ya del Secretario de Literatura del Comité de Cooperación en la América Latina, que lo es el profesor González Báez Camargo; ya del Dr. Stanley Rycroft, Secretario Ejecutivo del mismo comité.

Antes de la reunión de estas conferencias, y después de ellas, ha habido personas interesadas en deformar y difamar lo

que allí había de hacerse y lo que allí se hizo. Al través de mi viaje por toda la América del Sur encontré especies como éstas: El propósito de estas conferencias fué conseguir que los evangélicos de la América Latina regresaran al seno de la iglesia católito-romana. Estos falsarios fueron rechazados dignamente no sólo en Buenos Aires, sino en muchos otros puntos de la América Latina, donde tuvieron la osadía de detenerse para propagar este cimiento de disolución. No es extraño haber tenido que encarar esta clase de gente. Los hay que se llaman evangélicos, los hay también que se llaman católicos. Le han perdido el respeto hasta al lenguaje, por tanto, el cómo se llamen no viene al caso. La verdad es que son falsarios. Desearíamos no concederle importancia, ni mencionarlos siquiera; pero no se puede ignorar a la peste; lo que se puede es no pactar con ella jamás.

Nuestro viaje por todas las naciones latinoamericanas nos llevaría a una conclusión desoladora: no existe la América Latina, solamente existen naciones latinoamericanas. ¡Tan grande es la diferencia en una y otra nación en este continente! Y, sin embargo, la América Latina existe. ¡Su realidad es tan profunda, pero es tan verdadera! Algún día tengamos el tiempo, quizás, para escribir acerca de esta América Esquiva, que no se da sino a quien se le entrega primeramente. Superficialmente templada, el nombre de América es variedad; pero vivida en la profundidad de su espíritu, la América es una, esa que el Conde Kaiserly llama La del Tercer Día de la Creación. Y así como la América Latina es varia y una, también lo es el Evangelio del Espíritu Santo.

El ecumenismo cristiano se funda en esa contemporaneidad de Cristo en virtud del Espíritu Santo. Dios es el Soberano, siempre Dios. El Espíritu Santo es la verdad y es la fuerza. Donde prevalece

el Espíritu Santo, el hombre se humilla y Dios lo ensalza. No puede haber miedo, no puede haber recelo, no puede haber odio; pero puede haber tolerancia, puede haber libertad, puede haber comprensión, porque hay amor. El Evangelio del Espíritu Santo no mira hacia atrás a la tradición o a la autoridad humana, sino que prosigue hacia adelante al premio de la soberana vocación en Cristo Jesús. No hay más soberanía que la soberanía de Dios, y bajo su soberanía todos somos inferiores. Es éste el espíritu que permite la universalidad, la verdadera ecumenismicidad del cristianismo. Estimándonos inferiores los unos a los otros, sin tener más alto concepto de sí mismo que el que se debe tener, conforme al don de fe que Dios repartió a cada cual. En atención a este cada cual, y en atención a este don de fe, esta gracia soberana, podemos marchar hacia adelante, unidos en lo profundo, diversos en la expresión de este unido, como las ramas en el tronco, y como los sarmientos en la vid.

Este fué el espíritu que prevaleció en Buenos Aires, y para que se pueda comprender mejor, tal vez es menester que callen los individuos y hable la conferencia. A continuación publicamos la Carta de la Primera Conferencia Evangélica Latinoamericana al Pueblo Evangélico:

CARTA DE LA PRIMERA CONFERENCIA EVANGELICA LATINOAMERICANA
AL PUEBLO EVANGELICO

Gracia sea a vosotros, y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Los representantes del movimiento cristiano evangélico en 16 países latinoamericanos, junto con visitantes de España, Francia y Estados Unidos, reunidos en Buenos Aires, del 18 al 30 de julio de 1949, hemos podido una vez más comprobar, por la gracia de Dios, "cuán bueno y delicioso es habitar los hermanos igualmente en uno!" (Salmo 133:1)

Nuestro corazón rebosa de gratitud al Dios y Padre de todos nosotros, por habernos permitido esta ocasión de ofrecernos juntamente a la dirección de su Santo Espíritu, a fin de que el testimonio que El nos ha llamado a presentar a nuestros pueblos, pueda traer más almas al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Y nuestra gratitud se extiende también a la multitud de nuestros hermanos evangélicos del continente, cuyo interés, sacrificio y oraciones han hecho posible la realización de nuestra asamblea.

Reconocemos, con gratitud a Dios, el vigoroso crecimiento de las iglesias evangélicas en América Latina. Día tras día, el Señor va levantando más testigos del Evangelio de su gracia, y plantando en todos los países nuevas comunidades de creyentes. Gloria sea dada a Dios, que da la vida y con ella el crecimiento!

Al mismo tiempo, en las dificultades y aflicciones que en algunos países sufren los creyentes, vemos la verdad profética de la advertencia de nuestro Señor: "En el mundo tendréis aflicción..."

El testimonio del Evangelio es también el testimonio de la cruz. Y quienes siguen a Cristo, han de "tomar su cruz cada día" para ir en pos de El. Deseamos expresar nuestra/^{más}profunda simpatía y solidaridad a aquellos nuestros hermanos que padecen persecución o restricción de sus libertades, y cuyo dolor y sacrificio es una vez más el testimonio de una fe heroica. Deseamos recordarles la palabra fortalecedora de nuestro Señor Jesucristo, quien también dijo: "Confiad, yo he vencido al mundo".

Con igual y profunda gratitud a Cristo, quien con su sangre nos rescató y de cuyo Cuerpo somos todos miembros, reconocemos un creciente espíritu de cooperación y unidad espiritual entre las iglesias evangélicas. De ello han sido una elocuente manifestación nuestras reuniones, donde los representantes de 20 denominaciones, hemos descubierto una vez más, en la presencia del Señor, que formamos parte de una hermandad continuadora de aquella otra reunida en el Aposento Alto de Jerusalem, y de la cual, al recibir el poder del Espíritu Santo, nació la Iglesia de Cristo.

Creemos que ha pasado ya la época en que el hecho de nuestras diferencias podía servir de excusa para introducir un espíritu de discordia entre los seguidores de un solo Señor y Salvador. Donde se mueve el Espíritu del Señor, con la riqueza y variedad de sus dones y vocaciones, siempre habrá diferencias. Serán variaciones que no hacen más que manifestar la riqueza y abundancia de la gracia divina, a la vez que la incapacidad de un solo individuo o un solo grupo, para comprender y encerrar toda la verdad de Dios. Pero Jesucristo es la Verdad, y en El recibimos de Dios el don de una

unidad espiritual que ninguna diferencia puede quebrantar. Dios no ha querido, no lo buscamos nosotros tampoco, sofocar lo espontáneo y profético, en aras de una regimentada uniformidad. Pues de muchas maneras y por muchos caminos, se nos revelan "las inescrutables riquezas de Cristo" y "la multiforme sabiduría de Dios". (Ef.3:8,10)

No hemos buscado, ni consideramos imprescindible, la unidad orgánica, eclesiástica o administrativa. El Cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, no es una estructura mecánica, sino un organismo vivo. Lo que queremos y debemos es manifestar la íntima unidad espiritual que disfrutamos en Cristo. Las entidades denominacionales y las iglesias locales son tan importantes como lo ecuménico o universal, y no puede haber realidad ecuménica, a menos que esté fundada en una robusta realidad individual y local. Nuestras diversas tradiciones evangélicas son necesarias para que "lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, al hombre completo a la medida de la mayor edad de la plenitud de Cristo." (Ef.4:13)

Pero nuestro amor y confraternidad no han de ser un fin en sí. La presencia del Espíritu Santo, que nos une, significa también llamamiento y responsabilidad de obedecer la voluntad de Dios, ser fieles al Evangelio revelado por Dios en las Sagradas Escrituras, y consagrar por entero nuestra vida a su propagación.

Hacemos un llamamiento a las iglesias evangélicas para que recuerden y cumplan con fidelidad cada vez mayor el deber que implica nuestro privilegio de pertenecer al sacerdocio universal de los creyentes, de modo que pastores y laicos, en un solo cuerpo y un

solo espiritu, al través de todo nuestro continente, llevemos a cabo con denuedo, confiando solamente en Dios, que es "nuestro refugio y fortaleza", la proclamación del Evangelio y "la obra de fe" y "el trabajo de amor" (Ia. Tesal. 1:3) a que el nos ha llamado.

No quiero terminar estas breves notas sin expresar nuestra profunda gratitud a todos aquellos hermanos y caballeros que, como el señor López Aneriro, desde Caracas, hasta el pastor bautista, Emilio Zayas, en Barranquilla, pasando por los obreros y misioneros de las diversas iglesias evangélicas que visitamos en Brazil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Jamaica, nos recibieron en sus casas e hicieron posible el mayor aprovechamiento de nuestro tiempo en cada uno de estos lugares.